

T.W. ADORNO: SEMBLANZA FILOSÓFICA DE UN INTELLECTUAL DOLIENTE

"La perpetuación del sufrimiento tiene tanto derecho a expresarse como el torturado a gritar; de aquí que quizás haya sido falso decir que después de Auschwitz ya no se pueda escribir poemas."

(T.W. Adorno, *Dialéctica negativa*).

Si en lugar a dudas, T.W. Adorno, cuyo centenario conmemoramos, es una de las figuras intelectuales más destacables del panorama filosófico del siglo XX. En cierta ocasión, el que fuera profesor de Oxford, Isaiah Berlin, dijo algo así como que la filosofía de Adorno era, sencillamente, ininteligible, que jamás había tenido ocasión de comprender una palabra. Y, a decir verdad, el pensamiento de Adorno tiene algo de críptico, de oscuro, y mucho de difícil, pero en modo alguno de ininteligible, salvo que prefiramos no entender nada. Pero su dificultad se debe, en gran medida, a que Adorno escribía, podríamos decirlo así, a borbotones, como un manantial que fluye, pero a ritmos distintos. Su pensar es fragmentario, no sistemático, pues en el sistema no hay posibilidad de encontrar ningún destello de verdad. Su atención es, más bien, a lo particular, a lo excluido, a lo marginal; en definitiva, a aquello que el sistema suele dejar fuera, como inexistente, como un cero a la izquierda. Adorno, además de filósofo, tenía una sólida formación musical y artística. Pero su enorme sensibilidad supo ponerla al servicio del pensamiento. Y de aquí que su prosa sea intensa, honda, pero también fragmentaria, difícil, escurridiza; una escritura que a veces se nos escapa en los detalles, pero cuyo tono, cuya musicalidad de fondo, siempre trasluce el juego de sentimientos que hay detrás de toda su potencia reflexiva: indignación, desesperanza, melancolía, rabia, pues, con indudable maestría, sabe manejar la ironía, mezclada con el dolor o la protesta, y ello difícilmente se le escapa al lector. Hay, pues, en este amante de la música que fue Adorno, un indudable fondo musical en sus escritos, perceptible siempre, por más que se nos escape en algún recodo o quiebro al que no pudiéramos llegar, pero que deja en nosotros la huella impresa del dolor que puso en marcha al pensamiento.

Pero Adorno se deja entender por quien se pliega a su voz, sin prisas, y deja que las palabras vayan fluyendo del texto, por sí mismas, como un *lamento* la mayoría de las veces. Para nuestro autor la experiencia decisiva del siglo XX, el acontecimiento que preña toda su filosofía, impregnándola de aquella queja de la que siempre vamos a tener constan-

cia, tuvo un nombre: Auschwitz. Resultó ser tan terrible lo que ocurrió en la Europa culta que ya era imposible no hacerse cargo teóricamente de lo acontecido. Porque a diferencia del *silencio de Heidegger*, Adorno, cabría decir, concibió toda su filosofía como un *grito*, como una denuncia de la barbarie, de lo ocurrido, y ello con una clara intención: que Auschwitz no se repita. Tuvo tal magnitud lo sucedido que el intelectual ya no podía encontrar sentido a su quehacer en aquella pretendida *neutralidad valorativa* de la que hablara Max Weber. Después de Auschwitz, la filosofía, el pensamiento, no podía guardar silencio, ni encerrarse en una torre de marfil. El filósofo, y en ello Adorno resulta paradigmático, ante el pavor suscitado por el apilamiento de cadáveres amontonados en los campos de exterminio, tenía que dar, forzosamente, un viraje al planteamiento racionalista cartesiano, o, de lo contrario, hacerse cómplice. Había que empezar asumiendo esa *corporalidad* mutilada, gaseada, masacrada; se hacía necesario, pues, *pensar con el cuerpo*, y esto lo hizo, magistralmente, Adorno. En el plano de la filosofía había, pues, que alejarse de la vocación de sistema, que deja siempre, como decíamos antes, lo marginal, lo doliente, fuera. Pero ello implicaba realizar una *crítica del concepto* por lo que tiene de dominación y de exclusión, pues la

particularidad siempre quedaba dañada, en aras de lo generalizable, de lo conceptualizable: es la *violencia del concepto* frente a lo particular, que, sencillamente, queda borrado del mapa. Pero lo difícil, y es algo que magistralmente él logró, consiste en no abandonar la labor del pensamiento, de la reflexión crítica en esta atención a lo particular. Sólo que esto es posible cuando el concepto ya no es el Absoluto, evitando así, como a él le gustaba decir, su proliferación malsana, y cuando el filósofo se hace cargo de esa totalidad que lo posibilita. Para Adorno, hablar de lógica de la identidad, de imposición, dominio, violencia y muerte es hablar, a fin de cuentas, de uno y lo mismo. Por ello, la palabra, el pensamiento, no puede proceder de fuera, de un sujeto todopoderoso que modela la verdad a su imagen y semejanza, sino que ha de emerger del fango mismo del objeto.

Pero la violencia no sólo está en el concepto, ni, brutal y vergonzosa, en los campos de exterminio. Hay también una violencia soterrada, consentida, *normalizada*: la que se produce a diario en las sociedades industriales avanzadas, en las que toda la vida se hace girar en torno a la mera *autoconservación*. Adorno se convirtió en un denodado crítico del capitalismo tardío porque en él la humana existencia se

JOSÉ MANUEL PANEA MÁRQUEZ

FACULTAD DE FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

N
I
N
I
N
I
N

MAGAZIN

interpreta en términos de lucha por la vida, centrada en los dioses de la producción y el consumo, donde los criterios de *racionalidad* sólo pueden interpretarse en términos *instrumentales*, de rentabilidad económica. Mientras tanto, los hombres viven, decía Adorno, bajo un *hechizo*: el de la *salvaje autoconservación*. Para nuestro autor, una existencia que está mediatizada hasta tal punto por los criterios de productividad, rentabilidad y consumo acaba vaciándose de sentido, siendo, sencillamente, la consumación del absurdo.

Por ello, para Adorno, el pensamiento crítico y el arte pueden ser aún un lugar para la *esperanza*, un lugar donde escapar a esa *cosificación* de la existencia en la que todos estamos atrapados. Se nos viene a la mente, para ilustrar esta idea, aquel relato de Kafka titulado "El trapezista", un individuo que vive siempre en su trapecio, sin otra relación con el mundo que la de los viajes de un lado para otro, siempre acomodado en la redcilla de equipajes del tren —pues resultaba ser lo más similar al circo—, y siempre tan obcecado con ser el mejor trapezista. Hasta que el íntimo descontento

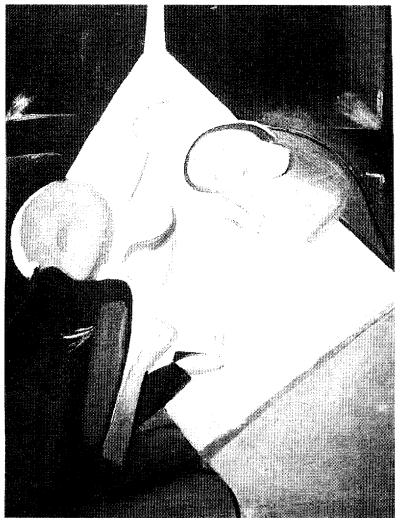
asomó a sus ojos. Algo no marchaba bien en lo más profundo de sí mismo, y, sin embargo, su conciencia cosificada le impedía salirse, romper con su forma de vivir, abrirse a otro mundo. Ante su malestar, detectado por el empresario, e interrogado por él, nuestro trapezista sólo expresó que así no podía seguir viviendo, y que de ahora en adelante necesitaría para vivir ... dos trapecios. Tal es, sin duda, la respuesta cosificada ante la experiencia de la insatisfacción de la existencia. Es precisamente lo que Adorno, con su amigo Horkheimer, denunciarían como alienación del hombre actual, que dilapida su vida

—o quiere acallar la sospecha de su absurdo— mediante un desquiciado afán por trabajar, producir, consumir, y vuelta a empezar. No es de extrañar que los autores de *Dialéctica de la Ilustración* denunciaran la fatalidad mítica, cíclica, y absurda, en la que se convierte la vida humana en las tan racionales sociedades industriales avanzadas. Mientras tanto, es la Naturaleza, y no sólo la externa, sino la interna (la del propio sujeto) la que va siendo masacrada por esta interpretación de la vida en términos de autoconservación, y en esta lectura del progreso en clave productivista. Por ello se hace necesario realizar una crítica de la Ilustración en su proceso truncado, y empeñarse en la tarea emancipadora de reilustrar a la Ilustración. Mientras tanto, nos dirá Adorno, la humanidad se arrastra como en las esculturas de Barlach o en la prosa de Kafka, cual una fila interminable de cautivos encorvados, encadenados unos a otros, y sin poder levantar la cabeza bajo el peso de lo existente. No es de extrañar, pues, que denunciara el carácter demoledor de la existencia: para mantener la identidad abstracta, la desnuda super-

vivencia, hay que perder la identidad, escribiría.

Por ello, junto a su amigo y también filósofo, Max Horkheimer, suscribió la tesis de que la denuncia de aquello que actualmente se llama razón constituye el servicio máximo que se puede prestar a la razón. Toda su crítica a la razón, y a su plasmación en el discurso científico-técnico, no era, como a veces se ha querido maliciosamente interpretar, un intento de volver atrás, de retroceder, sino más bien la llamada de atención de la necesidad de someter a la ciencia y a la técnica a un control reflexivo, y más cuando el discurso *científico técnico* ha mostrado, sí, su faz *emancipadora*, pero no en menor escala su faz *aniquiladora*, *devastadora*, tanto de la Naturaleza a gran escala, como de los individuos, de cuyas vidas se dispone alegremente cual piezas de ajedrez, así como de su psiquismo, gran baza del capitalismo tardío, y de la cual se vale para asegurar su pervivencia. Porque los sujetos viven atrapados en un sistema de valores que marcan la *normalidad* o la *racionalidad* de una vida, pero que a la vez los colma de insatisfecha satisfacción. ¿Y cómo se resuelve? Pues al modo del trapezista de Kafka, trabajando más, consumiendo más, intentando, por todos los medios, no tener tiempo para, así, evitar que pueda sorprendernos el más íntimo lamento. En una palabra, no se resuelve, se narcotiza, se entontece, se aplaza el íntimo malestar, engatusándolo con promesas de nuevos objetos, de nuevas metas que lograr, pero que encierran en sí lo falso sobre lo que descansan. De aquí la actualidad de Schopenhauer, dirá Horkheimer, y también la fertilidad teórica de la idea kantiana de que el hombre tiene dignidad y no precio, retomada por Adorno para protestar contra la racional irracionalidad de nuestra cosificante forma de vida. Y otro ideal kantiano, el de autonomía, es retomado por Adorno en términos de no seguir el juego al Sistema, de romper con esta dinámica irracional, desquiciada, alienante. Pero, como decíamos, la salvación sólo puede venir del pensamiento crítico, de la reflexión abierta y sincera, que escuche, por supuesto, la voz de lo particular, del cuerpo, engatusado, pero masacrado, y, finalmente, burlado, cuando no, allí donde la violencia se hace brutalmente explícita, torturado o exterminado.

La filosofía como saber crítico, reflexivo, que expone no el Bien, sino que señala *lo malo absoluto*, que se constituye en grito articulado desde la reflexión, sí, pero ubicado en la experiencia de la corporalidad dañada, representa el único lugar, junto al arte, desde el que es posible emprender no la huida, pero sí salir y romper con la maldición del círculo vicioso de lo existente. Frente a lo que Horkheimer denominó ejemplarmente como *Cocacolonización del mundo*, sólo la filosofía crítica y el arte, piensa Adorno, pueden no *entrar en el juego*. Pero no lo olvidemos, la experiencia de Auschwitz está siempre en el trasfondo. Y tanto es así que para nuestro autor el único imperativo categórico que cabe ya no puede ser otro, a saber, que *Auschwitz no se repita*. Es lo único que puede otorgar sentido a nuestro hacer como intelectuales, o como artistas. Se trata, en definitiva, de



Figuras leyendo bajo la lámpara, 1913. W.B.

luchar, con las armas de la reflexión y del arte, por una *sensibilidad diferente*, alejada de esa *frialdad burguesa*, dice Adorno, anclada en la histórica autoconservación, sin la cual Auschwitz no hubiera ocurrido. Porque es la frialdad un resultado de esta dinámica desquiciada y ciega en la que todos parecemos estar embaucados. Y se trata de intentar forzar, con la ayuda de la reflexión y del arte, ese *infierno de lo siempre igual*, esa *circularidad* de lo existente en cuya *violencia* estamos atrapados. Decía Adorno que es la *insensibilidad* lo que hay que combatir, es decir, disuadir a los hombres de golpear hacia el exterior sin reflexión sobre sí mismos. En esto consiste, a fin de cuentas, la fuerza de la reflexión, de la autodeterminación, de no entrar en el juego. Sin lugar a dudas, el autor de *Dialéctica de la Ilustración*, de *Teoría estética*, y de *Dialéctica negativa*, entre otros muchos trabajos, nos brindó un magnífico legado que cabría muy bien resumir con el subtítulo que el propio Adorno utilizó para sus *Minima moralia*: reflexiones desde la vida dañada.

Ahora que celebramos el centenario de Adorno es sin duda una ocasión excelente para adentrarnos en el conocimiento de su obra y, de este modo, impregnarnos de la fertilidad teórica de su filosofía que, por desesperada que a veces pudiera resultar, pues la denuncia de la cruda realidad no permitía maquillaje alguno, está siempre buscando y alen-

tando la esperanza de un futuro mejor, léase, más justo y humano para el hombre. Porque, en efecto, cuando se tiene a la vista la negatividad consumada, tal negatividad proyecta en nosotros la luz de su contrario. Por decirlo, en suma, con las mismas palabras con las que Adorno pusiera punto final a sus *Minima moralia*,

"El único modo que aún le queda a la filosofía de responsabilizarse a la vista de la desesperación es intentar ver las cosas tal como aparecen desde la perspectiva de la redención. El conocimiento no tiene otra luz iluminadora del mundo que la que arroja la idea de la redención: todo lo demás se agota en reconstrucciones y se reduce a mera técnica. Es preciso fijar perspectivas en las que el mundo aparezca trastocado, enajenado, mostrando sus grietas y desgarros, menesteroso y deforme en el grado en que aparece bajo la luz mesiánica. Situarse en tales perspectivas sin arbitrariedad ni violencia, desde el contacto con los objetos, solo le es dado al pensamiento. Y es la cosa más sencilla, porque la situación misma incita perentoriamente a tal conocimiento, más aún, porque la negatividad consumada, cuando se la tiene a la vista sin recortes, compone la imagen invertida de lo contrario a ella".

J.M.P.M. 

Deutsch als Fremdsprache

Das neue Nachschlagewerk für die Grund- und Mittelstufe – von den Profis für Wörterbücher und Fremdsprachen!

Dieses **Lernerwörterbuch** mit rund 27.500 Stichwörtern, Wendungen und Beispielen von den Autoren des Klassikers „Großwörterbuch Deutsch als Fremdsprache“ bietet den optimalen Einstieg in den Umgang mit einsprachigen Wörterbüchern:

- Jedes Wort, das in den Definitionen verwendet wird, ist als Stichwort vorhanden
- Moderne Alltagssprache inklusive österreichischem und schweizerischem Sprachgebrauch
- Der Zertifikatswortschatz (ZD) ist markiert
- Nützliche Grammatikangaben und Stichwörter in ihren sprachlichen Kontexten
- Lernerfreundliche Darstellung, blaue Stichwörter und Farbtafeln/Illustrationen

Langenscheidt Taschenwörterbuch Deutsch als Fremdsprache

528 Seiten 12,5 x 19 cm,
Kunststoffeinband
ISBN 3-468-49028-3

Repräsentanz in Spanien:

SGEL – DIVISION LIBROS

Avda. Valdelaparra, 29 · 28108 Alcobendas (Madrid)

Tel.: 91/657 68 83 · Fax.: 91/657 69 23

E-mail: gil.v@sgel.es · frohlich.b@sgel.es



Langenscheidt
...weil Sprachen verbinden